

SERIE WILLIAM MONK 12

ANNE PERRY

A woman in silhouette stands in a foggy street at night, looking towards a glowing street lamp. The scene is dimly lit, with the street lamp providing the primary source of light, casting a warm glow on the woman and the surrounding mist. The background is a dark, hazy blue, suggesting a foggy or rainy night.

UN FUNERAL
EN LA NIEBLA

Dos hermosas mujeres aparecen estranguladas en el estudio de un conocido artista londinense. Para el investigador William Monk y su esposa, Hester, estos asesinatos se convierten en el inicio de una pesadilla. Una de las víctimas es la esposa del doctor Kristian Beck, al que Hester conoció en Austria cuando ambos luchaban por la libertad. Y, para su horror, el doctor es el principal sospechoso del caso.

Con una intensidad nacida de la desesperación, desde las calles envueltas en niebla del Londres victoriano a la belleza de los atestados cafés de Viena, los Monk buscarán respuestas a contrarreloj para encontrar al verdadero asesino y salvar al doctor Beck del verdugo. Y si quieren resolver el caso, tendrán que sacar a la luz el enigma de la vida de su esposa...

*Para Meg MacDonald, por sus maravillosas ideas, su trabajo
y su fe en mí.*

1

El quirófano estaba en silencio, excepto por la respiración profunda y regular de la joven demacrada que yacía sobre la mesa, con el inmenso bulto que tenía en el vientre al descubierto.

Hester miraba fijamente a Kristian Beck. Era la primera operación del día y aún no había manchas de sangre en su camisa blanca. La esponja de cloroformo había obrado su milagro y la dejó a un lado. Kristian tomó el bisturí y tocó con la punta la carne de la joven. La muchacha no se inmutó, sus párpados no se movieron. Presionó más profundamente y apareció una delgada línea roja.

Hester levantó la vista y se encontró con sus ojos oscuros, luminosos de inteligencia. Ambos conocían el riesgo, incluso con anestesia, y era probable que pudieran hacer poco por la enferma. Una tumefacción de aquel tamaño seguramente sería fatal, pero sin cirugía la paciente moriría de todos modos.

Kristian bajó los ojos y siguió cortando. La sangre se extendió. Hester la limpió con una gasa. Mary Ellsworth yacía inmóvil, salvo por su respiración, con el rostro pálido, las mejillas hundidas y ojeras oscuras alrededor de las cuencas de los ojos. Tenía las muñecas tan delgadas que la forma de los huesos se dibujaba en la piel. Era Hester quien había recorrido el pasillo desde la sala junto a Mary soportando la mitad de su peso, tratando de aliviar la ansiedad que la había atormentado cada vez que había esta-

do en el hospital durante los dos últimos meses. Su dolor parecía residir tanto en su mente como en su cuerpo.

Kristian había insistido en operar en contra de los deseos de Fermin Thorpe, el presidente de la junta directiva del hospital. Thorpe era un hombre cauteloso que gozaba de autoridad, pero que carecía de valor para salirse del orden establecido que podía defender si alguien con más poder lo cuestionaba. Amaba las reglas; eran seguras. Si se atenia a las reglas, podía justificar cualquier cosa.

Kristian era oriundo de Bohemia y, con su imaginación y su acento extranjero, aunque fuese leve, y su desprecio por la forma en que debían hacerse las cosas, a juicio de Thorpe no encajaba en el Hospital Hampstead de Londres. No debería arriesgar la reputación del hospital realizando una operación cuyas posibilidades de éxito eran tan escasas. Pero Kristian tenía una respuesta, un argumento para todo. Y, por supuesto, *lady Callandra Daviot* se había puesto de su parte; siempre lo hacía.

Kristian sonrió al recordarlo, y no levantó la vista hacia Hester, sino que la bajó a sus manos, que exploraban la herida que había abierto, buscando lo que había causado la obstrucción, las náuseas y la enorme hinchazón.

Hester limpió más sangre y miró el rostro de la mujer. Todavía estaba perfectamente tranquilo. Habría dado cualquier cosa por haber dispuesto de cloroformo en el campo de batalla de Crimea cinco años antes, o incluso en Manassas, en Estados Unidos, casi tres meses atrás.

—¡Ah!

Kristian soltó un gruñido de satisfacción y se echó hacia atrás, extrayendo suavemente de la cavidad algo que parecía un estropajo oscuro y poroso como el que uno usaría para frotarse la espalda, o incluso para fregar una cacerola. Era más o menos del tamaño de un gato doméstico grande.

Hester estaba demasiado asombrada para hablar. Miró el objeto y luego a Kristian.

–Tricobezoar –dijo él en voz baja. Luego se encontró con su mirada de incredulidad–. Cabello –explicó–. A veces, cuando las personas tienen ciertos trastornos de temperamento, ansiedad nerviosa y depresión, sienten el impulso de arrancarse el pelo y comérselo. Son incapaces de refrenarse, si nadie los ayuda.

Hester miró fijamente la masa rígida y repelente que reposaba en el plato, la garganta se le contrajo y tuvo arcadas al imaginar semejante cosa dentro de cualquiera.

–Torunda –ordenó Kristian–. Aguja.

Hester se dispuso a obedecer y justo entonces la puerta se abrió y entró Callandra, que la cerró sin el menor ruido. Miró primero a Kristian, con una ternura en los ojos que solo disimuló cuando él se volvió hacia ella. Kristian hizo un gesto hacia el plato y sonrió. Callandra, sorprendida, se volvió hacia Hester.

–¿Qué es?

–Cabello –respondió Hester, limpiando la sangre de nuevo mientras Kristian trabajaba.

–¿Se pondrá bien? –preguntó Callandra.

–Hay una posibilidad –contestó Kristian. De repente sonrió con una dulzura extraordinaria, pero una nítida y profunda satisfacción brillaba en sus ojos–. Puedes ir a decirle a Thorpe que era un tricobezoar, no un tumor, si quieres.

–Oh, sí, me encantaría –contestó Callandra, adoptando una expresión divertida, y sin más dilación dio media vuelta y se fue a hacer el mandado.

Hester echó una ojeada hacia Kristian y reanudó su trabajo, enjugando la sangre y manteniendo la herida limpia, mientras la aguja perforaba la piel y unía los lados para luego vendarla.

–Sentirá mucho dolor cuando se despierte –advirtió Kristian–. No debe moverse demasiado.

–Me quedaré con ella –prometió Hester–. ¿Láudano?

—Sí, pero solo el primer día —respondió Kristian—. Andaré por aquí, si me necesitas. ¿Te vas a quedar? Has seguido de cerca su caso, ¿verdad?

—Sí.

Hester no era enfermera del hospital. Prestaba sus servicios como voluntaria, igual que Callandra, viuda de un médico militar y una generación mayor que Hester, pero a quien la unía una estrecha amistad desde hacía cinco años. Con toda probabilidad, Hester era la única que sabía lo mucho que Callandra amaba a Kristian y que, finalmente, aquella misma semana había rechazado la proposición de matrimonio de un querido amigo, pues no podía conformarse con una compañía honorable y cerrar para siempre la puerta a los sueños de algo inmensamente mejor. Pero eran solo sueños. Kristian estaba casado y eso acababa con toda posibilidad de compartir algo más que su lealtad y la pasión por la sanidad y la justicia que profesaban él y Callandra, y quizá una alegría de vez en cuando, las pequeñas victorias y el entendimiento mutuo. A Hester, casada recientemente y conocedora de la profundidad y el alcance del amor, le dolía que Callandra se sacrificara tanto. Y, sin embargo, amando a su esposo como lo amaba, a pesar de todos sus defectos y puntos flacos, Hester también habría preferido estar sola antes que aceptar a cualquier otro.

A última hora de la tarde, Hester salió del hospital y tomó el ómnibus en Hampstead High Street hasta Haverstock Hill, y desde allí hasta Euston Road. Un vendedor de periódicos voceaba que quinientos soldados estadounidenses se habían rendido en Nuevo México. Los periódicos publicaban las últimas noticias de la guerra civil, pero la inquietud era mucho más profunda por la inminente hambruna del algodón en Lancashire, debida al bloqueo de los Estados Confederados. Hester pasó deprisa junto a él

y caminó los últimos metros hasta Grafton Street. Era principios de octubre y aún hacía un tiempo agradable, pero ya estaba oscureciendo y el farolero hacía rato que había comenzado su ronda. Cuando se acercó a la puerta de su casa vio que enfrente aguardaba impaciente un hombre alto y delgado. Iba de punta en blanco, con pajarita, una levita negra y pantalones a rayas, como se esperaba de un caballero de la City, pero su actitud delataba desasosiego y una profunda infelicidad. No fue hasta que oyó sus pasos y se giró, de modo que la luz de la farola le diera en el rostro, que Hester reconoció a su hermano, Charles Latterly.

—¡Hester! —Se acercó rápidamente a ella, pero de pronto se detuvo—. ¿Cómo... cómo estás?

—Muy bien —respondió ella con sinceridad.

Hacía varios meses que no lo veía y, tratándose de alguien tan estricto, moderado y convencional como Charles, que aguardara en la calle de aquella manera resultaba extraordinario. Era de suponer que Monk aún no había llegado, pues, de lo contrario, Charles habría entrado.

Hester abrió la puerta y él la siguió adentro. La lámpara de gas ardía muy baja en la entrada, la subió y se dirigió a la sala de estar, que era donde Monk recibía a los clientes potenciales que venían con sus miedos y ansiedades para que él intentara resolverlos. Como ambos habían estado fuera todo el día, había un fuego preparado, pero no encendido. Un jarrón de crisantemos leonados y capuchinas escarlatas daba una ilusión de luz y calidez.

Se volvió hacia Charles, quien, como siempre, fue meticulosamente educado.

—Lamento molestar. Debes de estar cansada. Supongo que has estado cuidando a algún paciente todo el día.

—Sí, pero creo que se pondrá bien. Al menos, la operación ha sido un éxito.

Charles intentó sonreír.

—Me alegro.

—¿Te apetece una taza de té? —ofreció Hester—. A mí sí.

—Oh... sí, sí, por supuesto. Gracias.

Se sentó con cautela en uno de los dos sillones, con la espalda tensa y erguida como si le resultara imposible relajarse. Hester había visto a muchos clientes de Monk sentados así, aterrorizados ante la idea de exponer sus miedos con palabras y, sin embargo, tan agobiados y necesitados de ayuda que finalmente se habían armado de valor para recurrir a un detective privado. Era como si Charles hubiera ido a ver a Monk y no a ella. Su rostro estaba pálido y tenía un brillo de sudor, y apoyaba las manos en el regazo con rigidez. Si Hester lo hubiese tocado, habría notado los músculos agarrotados.

No lo había visto tan abatido desde la muerte de sus padres hacía cinco años y medio, cuando Hester todavía estaba en Scutari con Florence Nightingale. Su padre se había arruinado por una estafa financiera y se había quitado la vida por la consiguiente deshonra. Su madre había muerto al cabo de un mes. Tenía el corazón débil, y la pena y la angustia tan poco tiempo después de la muerte de su hijo menor en combate habían sido demasiado para ella.

Mirando a Charles, los temores de Hester por él reaparecieron con una fuerza que la pilló por sorpresa. Se habían visto muy poco desde la boda de Hester, pues a Charles le había costado aprobar su matrimonio; después de todo, Monk era un hombre sin pasado. Seis años antes, un accidente de carruaje le había robado la memoria. Había deducido muchas cosas, pero seguía desconociendo la mayor parte de su vida. Y ningún miembro de la muy respetable familia Latterly había tenido la más mínima relación con policías, profesión a la que se dedicaba Monk cuando se conocieron; y, sin duda alguna, nadie en la familia se había casado con alguien de ese estrato social.

Charles alzó la mirada, esperando que se fuese a preparar el té. ¿Debía preguntarle qué le preocupaba tan

profundamente, o sería una falta de tacto y tal vez le haría perder la confianza en ella?

—Por supuesto —dijo Hester enérgicamente, y se dirigió a la pequeña cocina para atizar el fogón, apartar la ceniza y echar más carbón para poner el hervidor a calentar.

Dispuso galletas en un plato. Eran compradas, no hechas en casa. Hester era una enfermera magnífica, una apasionada aunque fracasada reformadora social y, como el propio Monk admitiría, una detective bastante buena, pero sus habilidades domésticas aún estaban en ciernes.

Cuando el té estuvo listo, Hester regresó y dejó la bandeja en la mesita de centro, sirvió ambas tazas y aguardó mientras él tomaba una y bebía un sorbo. La vergüenza de Charles parecía llenar el aire y le hizo sentirse incómoda. Observó cómo toqueteaba la taza y miraba en torno a la pequeña y acogedora habitación, buscando algo en lo que fingir estar interesado. Si era franca y le preguntaba abiertamente, ¿mejoraría o empeoraría las cosas?

—Charles... —comenzó.

Él se volvió para mirarla.

—¿Sí?

Hester vio una profunda tristeza en sus ojos. Solo era unos pocos años mayor que ella y, sin embargo, había en él un cansancio como si ya no tuviera ninguna vitalidad, como si ya hubiese dejado atrás lo mejor de la vida. El miedo la atenazó. Tenía que ser amable. Su hermano era demasiado complejo, demasiado reservado para ser franco.

—Hacía... hacía mucho que no te veía —comenzó Charles en tono de disculpa—. Ahora me doy cuenta. Las semanas pasan...

Miró hacia otro lado, buscando palabras sin encontrarlas.

—¿Cómo está Imogen? —preguntó Hester, y por la forma en que Charles evitó su mirada, comprendió en el acto que la pregunta le dolía.

–Bastante bien –contestó Charles. Sus palabras fueron automáticas y hueras, como si respondiera a un desconocido–. ¿Y William?

Hester no pudo soportarlo más. Dejó su taza.

–Charles, está ocurriendo algo muy grave. Por favor, dime de qué se trata. Aunque no pueda ayudarte, me gustaría que confiaras en mí lo suficiente para compartirlo.

Charles estaba sentado en el borde del sillón, con los codos sobre las rodillas. Por primera vez desde que había entrado en la sala, la miró de hito en hito. Sus ojos azules estaban llenos de miedo y de un absoluto y total desconcierto.

Hester aguardó.

–Simplemente no sé qué hacer. –Su voz era tranquila, pero áspera por la desesperación–. Es Imogen. Ha... ha cambiado... –Se interrumpió, sumiéndose en la tristeza.

Hester pensó en su encantadora y agraciada cuñada, que siempre había parecido tan segura de sí misma, mucho más a gusto con la sociedad y consigo misma de lo que lo estaba Hester.

–¿En qué ha cambiado? –preguntó con delicadeza.

Charles negó con la cabeza.

–No estoy muy seguro. Supongo que ha debido de ocurrir a lo largo de un tiempo. Yo... no me di cuenta. –Mantenia los ojos en sus manos entrelazadas, que retorció lentamente, con los nudillos blancos–. Para mí han sido solo unas semanas.

Hester se obligó a ser paciente. Estaba tan angustiado que sería poco amable, y, a nivel práctico, inútil, intentar que se concentrara.

–¿De qué manera ha cambiado? –insistió Hester, procurando no mostrar emoción alguna. Era inusitado ver a su tranquilo y más bien presuntuoso hermano perder de un modo tan patente el control de una situación que hasta ahora era meramente doméstica. Le hizo temer que hubiera una dimensión más allá de lo que ella podía ver.

–Se ha vuelto... poco fiable –dijo Charles, escogiendo las palabras–. Por supuesto, todo el mundo tiene cambios de humor, lo sé muy bien; días en los que estás más alegre que otros, preocupaciones, solo... solo cosas desagradables que nos hacen sentir mal; pero Imogen, o bien está tan feliz que se excita y no puede parar quieta... –frunció el rostro por la confusión mientras trataba de comprender algo que escapaba a su entendimiento–, o bien está eufórica, o bien desesperada. A veces parece que esté frenética de preocupación y al cabo de un día, o incluso de unas horas, está rebosante de energía, con los ojos brillantes, la cara sonrosada, riéndose por cualquier cosa. Y... me consta que te parecerá absurdo..., pero juro que no deja de repetir pequeñas acciones tontas... como si fuesen rituales.

Hester se sobresaltó.

–¿Qué clase de acciones?

Se le veía avergonzado, compungido.

–Abrochase la chaqueta comenzando por el botón del medio, luego de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo. La he visto contarlos para asegurarse. Y... –tomó aire–, y ponerse un par de guantes, y llevar uno suelto que no coincide.

No tenía ningún sentido. Hester se preguntó si era posible que Charles estuviera en lo cierto, o si, llevado por su ansiedad, se lo estaba imaginando.

–¿Te ha dicho por qué? –quiso saber ella.

–No. Le pregunté sobre los guantes, pero no me hizo caso y pasó a hablar de otra cosa.

Hester miró a Charles, sentado justo enfrente. Era alto y delgado, tal vez ahora estuviera demasiado delgado. El cabello rubio le raleaba, pero no mucho. Sus rasgos eran regulares; sería guapo si su rostro transmitiera más convicción, más pasión, incluso humor. Nunca se había recuperado del suicidio de su padre. Estaba marcado por una pena que no sabía cómo expresar y una vergüenza que

llevaba en silencio. Habría considerado una traición dar explicaciones de un dolor tan íntimo. Hester no tenía ni idea de lo que le había contado a Imogen. Tal vez había intentado protegerla de ello, o se imaginaba que la ayudaría mostrándose invulnerable, manteniendo siempre la calma. ¡Quizá llevaba razón!

Por otro lado, Imogen bien podría haber querido compartir su dolor con toda el alma, haber sabido que confiaba en ella, en su bondad y su fortaleza para soportarlo. ¿Tal vez se había sentido excluida? A Hester le habría ocurrido, lo sabía sin asomo de duda.

—Supongo que le has preguntado directamente qué la tiene tan alterada —dijo en voz baja.

—Dice que no le pasa nada —respondió Charles—. Cambia de tema, habla de cualquier otra cosa, sobre todo de cosas que nos traen sin cuidado a los dos, cualquier cosa, insisto, un muro de palabras para mantenerme al margen.

Era como examinar una herida con miedo de tocar los nervios, pero sabiendo que hay que encontrar la bala. Lo había hecho un sinnúmero de veces en el campo de batalla y en los hospitales militares. Olió la sangre y el miedo en su imaginación cuando el símil le acudió a la mente. Hacía solo unos meses que ella y Monk habían estado en América, siendo testigos de la primera batalla campal de la guerra civil.

—¿De verdad no sabes cuál es la causa, Charles? —preguntó.

Charles levantó la vista tristemente.

—Creo que podría estar teniendo una aventura con alguien —respondió con la voz ronca—. Pero no se me ocurre con quién... ni por qué.

A Hester se le podrían haber ocurrido una docena de razones. Se imaginó el hermoso rostro de Imogen con sus suaves rasgos, sus grandes ojos oscuros, el anhelo y la emoción que irradiaba. ¿Cuánto había cambiado en los dieciséis años transcurridos desde que estuviera tan entu-

siasmada por casarse con un joven amable y respetable, con un futuro prometedor? Había estado rebosante de optimismo, contenta de no ser una de esas mujeres que aún buscaban marido a la desesperada, ni de estar emparejada por una madre ambiciosa con alguien a quien no le resultaría fácil apreciar, y mucho menos amar.

Ahora estaba en la mitad de la treintena, sin hijos, y tal vez se preguntaba con más desesperación qué ofrecía la vida más allá de la mera seguridad. Nunca había tenido frío ni hambre, ni había sido marginada por la alta sociedad. Tal vez no valoraba mucho su buena fortuna. Ser amada, mantenida y protegida no siempre era suficiente. A veces contaba más que te necesitaran. ¿Podría ser eso lo que le había sucedido a Imogen? ¿Había encontrado a alguien que la había embriagado, diciéndole que la necesitaba, de una manera en que Charles nunca se lo diría, por más cierto que fuese?

¿Haría algo más que coquetear? Tenía mucho que perder, sin duda no podía estar tan encaprichada como para olvidarlo. La sociedad no desaprobaba el adulterio si se llevaba a cabo con tal discreción que nadie se viera obligado a saberlo, pero incluso una mujer casada podía perder su reputación si era indiscreta. Y, por supuesto, una mujer divorciada, cualquiera que fuese la razón del divorcio, simplemente dejaba de existir. Una mujer marginada por el adulterio podría muy fácilmente encontrarse sin dinero y en la calle. Alguien como Imogen, que nunca se había valido por sí misma, podría no sobrevivir.

Charles no se divorciaría de ella a menos que su comportamiento se volviera tan escandaloso que no tuviera otra alternativa, a fin de preservar su propia reputación. Simplemente viviría junto a ella, pero separado por un abismo de dolor. Hester tenía ganas de tocarlo, pero la distancia de tiempo y de intimidad que mediaba entre ambos era demasiado grande. Resultaría artificial, incluso invasivo.

–Lo siento –dijo en voz baja–. Espero que no sea cierto. Tal vez solo sea algo pasajero que morirá mucho antes de que se convierta en algo más.

Qué falso sonó. Hizo una mueca de dolor al oír sus propias palabras.

Charles alzó la mirada hacia ella.

–¡No puedo quedarme de brazos cruzados y esperar, Hester! Necesito saber... y hacer algo al respecto. ¿No se da cuenta de lo que le pasará a ella, a nosotros, si la descubren? Por favor..., ayúdame.

Hester estaba desconcertada. ¿Qué podía hacer ella que Charles no hubiera hecho ya? No existía un remedio sencillo para la infelicidad que pudiera ofrecerle a Imogen, induciéndola a tomarlo.

Charles seguía a la espera. El silencio de su hermana le estaba haciendo ver con mayor claridad lo que le acababa de pedir, y la vergüenza ya aventajaba a la esperanza.

–Sí, por supuesto –dijo Hester enseguida.

–Si lo supiera con certeza –comenzó a razonar Charles, llenando el silencio con demasiadas palabras–, tal vez lo entendería.

Charles la observaba atentamente, sin poder evitarlo, una parte de él aún se aferraba a la creencia de que Hester le podría ayudar.

–No sé qué preguntas hacerle. A lo mejor a ti te lo explicaría y entonces... –se le apagó la voz, sin saber qué más decir.

¡Ojalá la comprensión fuese la respuesta! Hester tenía miedo de que aumentara el sufrimiento, porque él vería que no había manera de escapar al hecho de que Imogen no lo amaba de la manera que él había supuesto y que tanto necesitaba.

Ahora bien, ¿tal vez Charles no amaba a Imogen con la pasión o la urgencia que ella deseaba?

Siguió aguardando a que Hester dijera algo. Parecía pensar que al ser una mujer entendería a Imogen y sería